

**La revelación y experiencia del testimonio de Jesús
(3)**

Lectura bíblica: Ap. 19:7-9, 14-19; 20:4-6; 21:3, 9-11, 18-22

VI. El testimonio de Jesús es la novia de Cristo: los vencedores que reinan juntamente con Cristo durante el milenio—Ap. 19:7-9; 20:4-6:

- A. El objetivo del recobro del Señor es preparar la novia de Cristo—19:7-9; 21:2.
- B. Al final, nosotros seremos conformados a Cristo hasta ser la maravillosa Sulamita, quien, como la reproducción de Salomón, es la figura más excelente y culminante de la Nueva Jerusalén como la pareja, la novia, de Cristo—Cnt. 6:13; Ap. 21:2, 9-10; 22:17a.
- C. La Sulamita es comparada a la danza de dos campamentos, o dos ejércitos (heb. *mahanaim*), delante de Dios; después que Jacob vio a los ángeles de Dios, a los dos ejércitos de Dios, llamó el lugar donde estaba Mahanaim, y dividió a sus esposas, hijos y posesiones en “dos ejércitos”—Cnt. 6:13; Gn. 32:1-10:
 - 1. El significado espiritual de los dos ejércitos es el firme testimonio de que somos más que vencedores por medio de Aquel que nos amó, en conformidad con el principio del Cuerpo de Cristo—Ro. 8:37; 12:5; Dt. 32:30; Ec. 4:9-12.
 - 2. Dios no desea a aquellos que son fuertes en sí mismos; Él únicamente desea a los débiles, a los más frágiles, a las mujeres y los niños; aquellos que serán contados dignos de ser vencedores serán los más débiles, quienes dependen del Señor—1 Co. 1:26-28; 2 Co. 12:9-10; 13:3-5; Cnt. 8:6.
 - 3. Dios necesita un pueblo que sea uno con Él, un pueblo que sea sumiso a Él, lo cual lo simboliza el cabello trenzado (1:11), y obediente a Él con una voluntad dócil, lo cual lo simboliza el cuello con los collares (v. 10).
 - 4. Cuando consideramos cómo vamos a llegar a la cumbre de la revelación divina, no debemos confiar en nosotros mismos, sino depender del Señor quien, como amor, poder y misericordia, puede hacernos vasos de misericordia, honra y gloria—Ro. 9:16, 21-23.

VII. El testimonio de Jesús es el ejército nupcial, los vencedores quienes pelean junto con Cristo —quien es la corporificación de Dios—, y derrota al anticristo —quien es la corporificación de Satanás— y a los ejércitos de éste—Ap. 19:14-19; 17:14:

- A. En Efesios 5 y 6 vemos la iglesia como la novia y el guerrero; en Apocalipsis 19 encontramos nuevamente estos dos aspectos de la iglesia—Ef. 5:25-27; 6:10-20:
 - 1. Antes de que Cristo descienda a la tierra para derrotar al anticristo y al conjunto total del gobierno humano, Él celebrará una boda, en la cual se unirá con Sus vencedores (quienes por muchos años han estado peleando la batalla en contra de el enemigo de Dios), a fin de ser una sola entidad con ellos—Ap. 19:7-9; cfr. Dan. 7:25; 6:10; Ef. 6:12.
 - 2. Después de Su boda, Él vendrá con la novia con quien recién se ha casado, para destruir al anticristo, quien con su ejército peleará directamente en contra de Dios—Ap. 19:11, 14:
 - a. El Señor Jesús, el Verbo de Dios, matará al anticristo, el inicuo, con el aliento de Su boca—vs. 13-15; 2 Ts. 2:2-8.
 - b. De la boca de Cristo sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones—Ap. 19:15; cfr. 1:16; 2:12, 16.
- B. En Efesios 5 la función de la palabra es nutrir, a fin de que la novia sea embellecida con miras a la expresión de Dios, y en Efesios 6 la función de la palabra es aniquilar, lo cual permite que la iglesia como el guerrero corporativo participe en la guerra espiritual con miras al señorío de Dios; de este modo se cumple la intención original de Dios—5:26-27; 6:17-18; Gn. 1:26:
 - 1. En virtud de Cristo como el Espíritu vivificante que nos santifica y nos lava por medio del lavamiento del agua en la palabra, nosotros somos embellecidos con Él para ser Su novia santa, hermosa y que expresa a Dios, una novia sin ninguna mancha o defecto—Ef. 5:26-27.

2. En virtud de Cristo, quien nos equipa consigo mismo como la espada del Espíritu al nosotros orar-leer Su palabra, nosotros podemos, de forma práctica, estar firmes en la realidad del Cuerpo para aplicar toda la armadura del Dios Triuno y el poder aniquilador del Espíritu-palabra para aniquilar todos los elementos del enemigo presentes en nuestro ser—6:10-11, 17-18.

VIII. Por último, el testimonio de Jesús es la Nueva Jerusalén como la consumación máxima del tabernáculo y el templo: la incorporación eterna, divina y humana, la edificación eterna, de Dios y el hombre—Ap. 21:9, 3, 22:

- A. Podemos expresar la Nueva Jerusalén en nuestro vivir y realizar la obra propia de la Nueva Jerusalén, la cual es la incorporación divina y humana, al tomar al Señor como nuestra morada, a fin de ser Su morada—Jn. 15:4-5:
 1. Cuando amamos al Señor Jesús, Él se manifiesta a nosotros, y el Padre viene junto con Él para hacer morada con nosotros para nuestro disfrute; esta morada es una morada mutua, en la cual el Dios Triuno mora en nosotros y nosotros en Él—14:23:
 - a. Recobrar nuestro primer amor por el Señor es permitir que Él sea todo en nuestra vida, permitiendo que Él tenga la preeminencia, el primer lugar, en todas las cosas; aparte del amor, nada más puede ayudarnos a mantener una relación apropiada con el Señor—Ap. 2:4; Ef. 6:24.
 - b. Cuanto más amemos al Señor como nuestro único Esposo, más tendremos Su presencia, y cuanto más estemos en Su presencia, más disfrutaremos de todo lo que Él es para nosotros; el recobro del Señor consiste en recobrar nuestro amor por el Señor Jesús—Is. 54:5; Cnt. 1:1-4; 1 Co. 2:9-10.
 - c. Si dejamos nuestro primer amor por el Señor, perderemos el disfrute de Cristo y perderemos el testimonio de Jesús; amar al Señor, disfrutar al Señor y ser el testimonio del Señor son asuntos inseparables—Ap. 2:4, 7.
 2. Permanecemos en Cristo para que Él permanezca en nosotros, al nosotros tener contacto con la palabra constante de las Escrituras, la cual está fuera de nosotros, y con la palabra presente, que es el Espíritu que está en nosotros; cuando permanecemos en el Señor y permitimos que Sus palabras permanezcan en nosotros, somos uno con Él en realidad—Jn. 5:39-40; 6:63; 2 Co. 3:6; Ap. 2:7; Jn. 8:31; 15:7.
- B. Los creyentes vencedores, quienes son los constituyentes del edificio de Dios, la Nueva Jerusalén, son simbolizados por el jaspes y otras piedras preciosas—Ap. 21:9-11, 18-21; 1 Co. 3:12a:
 1. El jaspes representa la semejanza de Dios, pues resplandece con la gloria de Dios como la luz de la Nueva Jerusalén, con miras a la expresión de Dios—Ap. 4:3; 21:11, 18-19a.
 2. Las otras piedras preciosas representan las riquezas de la belleza de Cristo en diferentes aspectos, que sirven como fundamento de la morada eterna de Dios—vs. 19b-21.
 3. Mediante la obra del Espíritu que juzga, del Espíritu que arde y del Espíritu que fluye —el Señor Espíritu— somos transformados a medida que experimentamos las riquezas de Cristo, las cuales son el propio Dios de la resurrección, a quien ganamos por medio de los sufrimientos, las presiones abrumadoras y la obra aniquiladora de la cruz—Is. 4:4; 11:2; Jn. 4:14b; 2 Co. 1:8-9.
 4. Mediante el proceso de transformación, nos gloriamos en nuestras debilidades y también en Cristo Jesús, para que el poder de Cristo como gracia extienda tabernáculo sobre nosotros—v. 12; 11:30-33; 12:7-10; Ro. 5:3; 1 Co. 1:29-31; Fil. 3:3.
 5. Al crecer en la vida divina en Cristo como la piedra viva, somos transformados en piedras preciosas; por medio del proceso de transformación, el Dios Triuno es forjado en nuestro ser, y juntamente con nosotros forma una estructura que redundará en la alabanza de la gloria de Su gracia con la cual nos agració en el Amado; de este modo, llegamos a ser la Nueva Jerusalén, la cual es el supremo testimonio de Jesús y las buenas nuevas proclamadas a todo el universo—1 P. 2:4; Ap. 21:18-21; Ef. 1:3-6; cfr. Lc. 4:18-19.